

José Ortega y Gasset y María Zambrano: el intento fallido de establecer una relación intelectual bidireccional

José Ortega y Gasset and María Zambrano: the failed attempt at establishing a bidirectional intellectual relationship

*BEATRIZ CABALLERO RODRÍGUEZ**

Resumen: Es bien sabida la influencia que José Ortega y Gasset ejerció en María Zambrano, quien siempre se consideró su discípula, pese a que los senderos de su pensamiento pronto divergieron de la ruta trazada por el maestro. El propósito de este artículo es arrojar luz sobre el intento –fallido– de Zambrano de influenciar las ideas y actuación política de Ortega, lo cual ocurrió particularmente entre los años 1930-36. Para ello, se prestará especial a la correspondencia que tuvo lugar entre ambos durante estas fechas.

Palabras clave: José Ortega y Gasset; María Zambrano; segunda república española; pensamiento político; integración intelectual

Abstract: Ortega's influence on Zambrano is well-known. She always considered herself as her disciple, despite the fact that her thought diverged from the path of her maestro. The purpose of this article is to shed light on Zambrano's –failed– attempt to influence Ortega's ideas and political action between the years 1930-36. In order to do this, particular attention will be paid to their correspondence during this time.

Keywords: José Ortega y Gasset; María Zambrano; Spanish Second republic; political thought; political integration

1. Introducción¹

Es bien sabida la influencia que José Ortega y Gasset ejerció en María Zambrano, quien siempre se consideró su discípula, pese a que los senderos de su pensamiento pronto divergieron de la ruta trazada por el maestro. En contraste, rara vez se contempla la posibilidad de que esta relación intelectual haya podido adquirir algún carácter bidireccional. El propósito

Recibido: 09/07/2019. Aceptado: 15/11/2019.

* Profesora titular de Estudios Hispánicos en la Universidad de Strathclyde, Glasgow (beatriz.caballero@strath.ac.uk). En relación al pensamiento de María Zambrano, ha publicado recientemente el monográfico *María Zambrano: A Life of Poetic Reason and Political Commitment* (Wales University Press, 2017), así como el artículo "Zambrano's Poetic Reason in the Light of Frankfurtian Critical Theory" (en *History of European Ideas*, año 2018, núm. 44).

1 La investigación que precede a este artículo fue presentada por primera vez en la conferencia sobre Ortega y Gasset organizada por Jordi Larios y Ricardo Fernández en la Universidad de St. Andrews. Les quedo agradecida tanto a los organizadores como a los participantes, especialmente a Xon de Ros, a Jordi Gracia y a Antolín Sánchez Cuervo por los comentarios constructivos que tan generosamente me proporcionaron.

del presente artículo es ahondar en el lazo intelectual existente entre ambos yendo más allá de la consabida (y a veces incluso exagerada) influencia que el filósofo madrileño ejerciera sobre la pensadora, para arrojar luz sobre el intento de Zambrano por influir en las ideas y actuación políticas de su maestro, particularmente entre los años 1930-36, tal y como revela la correspondencia que se conserva.

La polémica y la controversia continúan girando en torno al nombre de Ortega y Gasset. Sin embargo, no cabe duda de que ha sido uno de los pensadores españoles más influyentes del siglo XX. En 1914, fecha en la que publicó *Meditaciones del Quijote*, Ortega ya contaba con un reconocido perfil público. Fue también ésta la fecha en la que presentó la Liga de Educación Política (LEP) que había fundado un año antes y cuyo objetivo era, como indica Haro Honrubia, “hacer pedagogía social como programa político”, lo cual se llegó a convertir en uno de los motores de su pensamiento (2008, 105). Desde este punto en adelante, y ya hasta el estallido de la Guerra Civil, su perfil público fue en aumento.

El primer contacto de Zambrano con el pensamiento orteguiano –según ella misma nos recuerda en su artículo “Ortega y Gasset, filósofo español” (1949)– fue precisamente a través de la lectura de *Meditaciones del Quijote* que, al estar en posesión de su padre, leyó todavía siendo niña; lo que explica que en su día creyera que fue escrito por el propio Alonso Quijano.

En 1921, Zambrano comenzó sus estudios en la Universidad Central de Madrid, aunque por libre, pues por entonces vivía en Segovia. No se mudó a la capital hasta 1924. Dos años después, terminó la carrera de filosofía por la Universidad Central. Entre sus profesores, contaban Manuel García Morente, Julián Beistero, Manuel Bartolomé Cossío y Xabier Zubiri. A Ortega lo conocería en un tribunal de exámenes, pero no entró en contacto directo con él hasta 1927, año en el que Zambrano comenzó sus estudios de doctorado (Moreno Sanz, 2014, 51).²

El escenario histórico era el de una España todavía sumida en la dictadura de Primo de Rivera, cuyo fracaso no tardaría en hacerse evidente y en arrastrar con él a la monarquía. Por aquel entonces, 1927, el autor de *La deshumanización del arte* (1925) se encontraba en plena madurez filosófica y gozaba de un influyente perfil público como intelectual a través de sus facetas de columnista, escritor, conferenciante y catedrático. Por su parte, a Zambrano, una de las pocas mujeres que por entonces cursaba estudios de filosofía –de postgrado– en España, le precedía la reputación de su padre, Blas Zambrano, reconocido pedagogo que había sido, además, aunque de manera fugaz, presidente del Partido Socialista.

A su llegada a la capital, la joven pensadora no tardó en integrarse plenamente en la vida cultural e intelectual de la ciudad, dando clases en la Universidad Central, asistiendo a tertulias (como las organizadas por el Lyceum Club, la Residencia de Señoritas, e incluso la reputada tertulia de la *Revista de Occidente*); así como también mediante sus diversas publicaciones, que incluían una ristra de artículos en los periódicos madrileños *Libertad* y *El Liberal*. En 1930 vio la luz su primer libro: *Horizonte del liberalismo*, de corte político a la vez que utópico. Además, entre 1933 y hasta el final de la Guerra Civil colaboraría con varias revistas, incluyendo la propia *Revista de Occidente*. Paralelamente, incrementaron sus actividades político-educativas, desde su ingreso en la Federación Universitaria Española (FUE) a finales

2 Véase la detallada cronología bio-bibliográfica publicada por Jesús Moreno Sanz en el volumen VI de las *Obras completas* (2014, 47-126). La información biográfica sobre Zambrano para el presente estudio ha sido extraída en su mayoría esta fuente.

de 1927, pasando por ser miembro cofundador de la Liga de Educación Social (LES) en 1928 y del Frente Español (FE) en 1932 (casi inmediatamente disuelto), hasta su participación en las Misiones Pedagógicas en 1933. En consonancia con este compromiso socio-educativo, íntimamente ligado a la política, mostró siempre su apoyo a la Segunda República tanto antes de su proclamación como frente al desencadenamiento de la Guerra Civil.

Entre tanto, la relación intelectual entre Ortega y Zambrano se fue consolidando desde finales de la década de los años 20 hasta los 30. Sin embargo, el distanciamiento entre ambos fue en paralelo al declive de la República, hasta desembocar en una ruptura unilateral y definitiva poco después del estallido del conflicto bélico. Pese a todo, no cabe duda de que el pensamiento de Ortega tuvo un gran peso en la España de su tiempo y en Zambrano en particular, aunque en ambos casos el alcance de dicha influencia sigue siendo fuente de debate. Son numerosas y exhaustivas las publicaciones que rastrean y analizan la influencia de Ortega en Zambrano. Entre ellas, cabe destacar el estudio pormenorizado de Luis Miguel Pino Campos (2004, 187-308), del cual nos brinda una versión ligeramente ampliada y mejorada –aunque sin índice de citas ni bibliografía– en su libro *Estudios sobre María Zambrano* (2005, 33-124).³ Además, conviene resaltar el capítulo que Pedro Cerezo Galán le dedica a este tema (2005, 19-50); así como también el libro de Ricardo Tejada, *María Zambrano. Escritos sobre Ortega* (2011), donde hace una cuidada edición e introducción a su recopilación de cartas y textos que la pensadora le dirige a Ortega o que versan en alguna medida sobre él.⁴

Dado que se trata de un aspecto ampliamente estudiado, no me extenderé mucho en él, aunque sí es necesario sintetizar el alcance y el ámbito de la influencia del autor de *La rebelión de las masas* (1929) en la pensadora que se convertirá en la creadora de la razón poética, para poder así sentar las bases que nos permitirán abordar el tema que nos ocupa: el intento de Zambrano de a su vez influenciar a Ortega.

2. La influencia de Ortega en Zambrano

En mi opinión, las líneas principales de la influencia del filósofo madrileño sobre Zambrano se pueden observar principalmente a tres niveles: la integración en varios círculos intelectuales (*networking*), la actuación sociopolítica y el pensamiento. A continuación, indagaremos brevemente en cada uno de ellos.

2.1. La integración en los círculos intelectuales

Si bien ya había conocido a Ortega durante sus estudios de filosofía en la Universidad Central, fue realmente en 1927, año en el que Zambrano emprendió sus estudios de doctorado, cuando pasó a formar parte del círculo de intelectuales que rodeaba al maestro. Aunque Zambrano ya era una integrante activa de la vida social e intelectual madrileña, el

3 De especial utilidad resulta el “Índice de citas orteguianas en libros de María Zambrano”, que recoge citas directas e indirectas (2004, 298-300).

4 Para una lectura freudiana, en clave de complejo de Edipo, de la relación de Zambrano hacia Ortega, léanse a Félix Duque Pajuelo (1994, 282-309) y a Armando Savignano (2005, 348-360), aunque Tejada argumenta convincentemente en contra de tal relación edípica (2011, 41).

recibir ese mismo año la invitación para asistir a la tertulia de la *Revista de Occidente* era de por sí una distinción que evidenciaba la opinión favorable que Ortega tenía por entonces de la pensadora veleña.⁵

Su asistencia a la afamada tertulia, así como la invitación que le seguiría más adelante para colaborar en la renombrada revista que comparte su nombre, constituyen un reconocimiento y una fuente de prestigio para Zambrano, lo que sin duda le facilitó el acceso a diversos círculos intelectuales de Madrid. Además, en 1931, su cercanía presencial e intelectual al maestro se incrementó al convertirse esta en auxiliar de la cátedra de metafísica, es decir, en ayudante de cátedra de Ortega –constatando a su vez la estima del catedrático hacia la valía de la doctoranda–. Otro indicio lo constituye el hecho de que, según testimonio de Zambrano, él había pensado en ella como sucesora de María de Maeztu en la Residencia de Señoritas (2002, 62).

Esto no quiere decir que la creciente presencia intelectual y perfil público de Zambrano se deban exclusivamente al apoyo de Ortega, pues ella también estaba inmersa en numerosas actividades sociales, culturales y políticas al margen de este. Se movía entre varios círculos intelectuales aparte de la *Revista de Occidente* que, como Moreno Sanz indica, giraban en torno a *Hoja Literaria*, *Cruz y Raya* y *Cuatro vientos* (2014, 58). Por otro lado, además de sus clases, charlas públicas y su compromiso político, también organizaba su propia tertulia dominical en su domicilio, que llegado 1935 ya se celebraba regularmente y atraía a un nutrido grupo de la intelectualidad de la llamada Edad de Plata.⁶ Pese a todas estas conexiones, no se puede desdeñar el impacto que le supuso pertenecer a la órbita del carismático filósofo.

2.2. La actuación sociopolítica

El joven Ortega consideraba que la solución al problema de España pasaba por un programa de pedagogía social de alcance político que debía ser liderado por los intelectuales, empezando por él mismo. Esta convicción le llevaría en 1913 a la creación de la LEP. Sin embargo, este nivel de implicación política no duró en el tiempo.

La trayectoria de Ortega estuvo marcada por sus idas y venidas del escenario político, motivadas, en primer lugar, por su convencimiento de la necesidad de un profundo cambio político, el cual expone en su discurso “Vieja y nueva política” (1914), pero también por un exceso de confianza en el alcance de su propia influencia y en la capacidad de cambio de los mecanismos sociopolíticos del país. Pese a su carisma y talento para la divulgación, Ortega se encontraba muy lejos de alcanzar sus metas políticas. El desajuste

5 La *Revista de Occidente*, lanzada en 1923, constituía nada menos que “la principal puerta de entrada en las letras españolas de la literatura, la creación y el pensamiento de su tiempo.” (Gracia, 2014, 373) La tertulia que se celebraba en la sede de la revista se puso en marcha al año siguiente, reuniendo alrededor de Ortega a consolidados intelectuales como García Morente o Fernando de los Ríos, al igual que también pasaron por allí jóvenes cuyos nombres estaban empezando a resonar, como Julián Marías, José Antonio Maravall, Francisco Ayala, y otras mujeres como Maruja Mallo y Rosa Chacel. Para mayor detalle sobre la fundación y desarrollo de la *Revista de Occidente*, véase la biografía de Ortega escrita por Jordi Gracia (2014, 369-370) y también la obra conmemorativa, *Desde Occidente: 70 años de Revista de Occidente* (1993).

6 Sus participantes habituales incluían a Enrique Azcoaga, José Bergamín, Rosa Chacel, Rafael Dieste, Ramón Gaya, Manuel Gil, Ricardo Güñón, Salvador Lissarrague, Maruja Mallo, José Antonio Maravall, Antonio Sánchez Barbudo, Arturo Serrano Plaia y, más esporádicamente, a Rafael Alberti, Camilo José Cela, Luis Cernuda, Federico García Lorca, Miguel Hernández, Pablo Neruda, Luis Rosales, entre otros (véase Moreno Sanz, 2014, 61).

de la realidad respecto a sus expectativas desembocó en sucesivas desilusiones que le llevaron a retirarse una y otra vez de la tarima política y, en última instancia, a guardar su tan criticado silencio.

Estas aspiraciones expuestas por Ortega ejercieron una clara influencia en la actuación política de Zambrano, como se observa en la involucración de Zambrano en la LES y con el FE, ambos de clara inspiración orteguiana.

En 1928 tuvo lugar la creación de la LES, fruto del encuentro que, instigado por Zambrano, había tenido lugar previamente entre algunos estudiantes con los intelectuales de la generación que les precedía. Así, Zambrano se convirtió en uno de los fundadores (y vocal) de la LES, la cual, haciéndose eco de muchas de las aspiraciones de la LEP que presentó Ortega en 1914, propugnaba el uso de la pedagogía como motor del ideal de movilización social y en última instancia política.

El discurso de Ortega de diciembre de 1931, "Rectificación de la República", también incidió en la trayectoria política de Zambrano. Aquí el filósofo identificó la necesidad de tener un gran partido que velase por el bien nacional por encima de las divisiones y desacuerdos entre los distintos partidos. Como Stanley G. Payne explica, su razón de ser era convertirse en "a party dedicated to saving the Republic from the dogmas of the intransigent Right, the radical Left, and the doctrinaire Centre" (1961, 24). En respuesta a esta necesidad, al año siguiente nació el Frente Español (FE). Zambrano, una de los cofundadores, no tardaría en darse cuenta de que el FE en realidad constituía un grave error político por estar muy cercano al fascismo, lo que enseguida la llevó a su disolución. A partir de este momento, aunque la huella del maestro continuaría presente, la distancia que separa las visiones políticas de ambos se fue haciendo más visible y no haría sino incrementar.

A consecuencia de su desatino con el FE y su creciente convencimiento de que no servía para la política de partidos, Zambrano optó por depositar sus esperanzas políticas en la educación. La estrecha relación entre educación y política es uno de los legados del krausismo que comparten gran número de intelectuales republicanos. Se trata de un vínculo en el que también insistió Ortega, no en vano fue el fundador de LEP. Conviene recordar también su conferencia de 1910, cuyo título precisamente es "Pedagogía social como programa político". Aquí nos dice:

Si educación es transformación de una realidad en el sentido de cierta idea mejor que poseemos y la educación no ha de ser sino social, tendremos que la pedagogía es la ciencia de transformar las sociedades. Antes llamábamos a esto política: he aquí que la política se ha hecho para nosotros pedagogía social y el problema español es un problema pedagógico (2004b, 97).

No cabe duda de que Zambrano compartía este sentido militante de la pedagogía que primero se plasmó en LES y que, en 1933, impulsó su participación en las Misiones Pedagógicas. Pero, a diferencia de Ortega, ella no abandonaría ya jamás este compromiso pedagógico como herramienta de cambio social y político, el cual llegará a vertebrar el resto de su obra.⁷

⁷ Para ahondar en la relación entre pedagogía y política en Zambrano a lo largo de su obra, véase el libro *María Zambrano: A life of poetic reason and political commitment*, (Caballero Rodríguez, 2017).

2.3. *El pensamiento*

La influencia más sonada –aunque no indiscutida– que ejerció Ortega sobre Zambrano fue en el ámbito de la filosofía, aunque su alcance es debatible.

Siguiendo a Cerezo Galán (2005, 26-27), la principal herencia orteguiana observable en Zambrano se localiza en tres hallazgos presentes ya desde *Meditaciones del Quijote*, que son: en primer lugar, que la vida es la realidad de trasfondo, es decir, realidad radical; en segundo lugar, que se necesita un nuevo logos, que Ortega articula como razón vital ligada a las circunstancias que ha de salvar; y tercero, la vinculación de la vocación personal con una tarea de salvación. Son estos los tres puntos clave sobre los que recae la reflexión filosófica de Ortega. Partiendo de estos mismos ejes, Zambrano comparte con este –al igual que con Unamuno– el papel central que le otorga a la vida; el sentido de urgencia histórica y el convencimiento de la necesidad de la intervención del pensamiento en la realidad de la vida para modelar la circunstancia. Como Ortega, también acomete un programa de reforma de la razón, de profunda aspiración sociopolítica, a través de su propia versión de la pedagogía social. Ambos desarrollan su pensamiento como crítica a la modernidad e intentan articular una razón que supere las limitaciones del racionalismo –tan evidentes ya a principios del siglo xx–, aunque para ello Zambrano no siga los pasos de la razón histórica y, realice, en palabras de María Luisa Maillard, “el salto” desde la razón vital a la poética (2000, 60). En definitiva, como veremos a continuación, la de Ortega no es la única y, posiblemente, ni siquiera la más decisiva de las influencias sobre el pensamiento de la filósofa.⁸

3. Divergencias

Zambrano siempre se consideró discípula de Ortega, incluso tras las importantes discrepancias intelectuales y políticas que los fueron separando desde principios de los años 30. El alejamiento entre ambos se hizo cada vez más obvio; por un lado, en el ámbito del pensamiento: el incipiente desarrollo de la razón poética por parte de Zambrano en contraste con la razón vital e histórica del maestro; y, por otro, en el ámbito de la actuación política: el apoyo activo de Zambrano a la República antes y durante la Guerra Civil, frente a la tibieza de Ortega y a la actitud de silencio que adoptó a partir de 1932.

Aunque sus divergencias son demasiadas para listarlas todas, para los propósitos de este análisis, sus divergencias se pueden agrupar en tres grandes campos: la razón, el lenguaje y la acción política.

3.1. *La razón*

Una de las divergencias fundamentales es su acercamiento a la razón, es decir, la distancia que separa a la razón vital y luego histórica de Ortega de la razón poética de Zambrano.

8 Ya en 1999, en su conocido artículo “La razón de la sinrazón: Unamuno, Machado, and Ortega in the Thought of María Zambrano”, Janet Pérez argumentó a este respecto que tanto la obra de Unamuno como la de Machado ayudan a Zambrano a trazar puentes entre la epistemología y la metafísica, ámbitos nitidamente separados en la filosofía orteguiana, al tiempo también subraya otras influencias poéticas y metafísicas de la tradición española, como San Juan de la Cruz, and Miguel de Molinos.

Tal y como explica sucintamente Tejada, “Zambrano siguió apegada, a lo largo de su vida, a las promesas que albergaba la razón vital, por así decirlo ‘en bruto’, y consideraba que su transformación en forma de razón histórica había sido un error filosófico de Ortega.” (2011, 27) En definitiva, Zambrano partió de la razón vital, trazando un camino muy diferente al orteguiano; llevándola más allá mediante su razón poética, aunque tardaría todavía varias décadas en desplegarla.

Su progresivo alejamiento de la filosofía orteguiana se puede apreciar a través de su colaboración con la *Revista de Occidente*, que comenzó en enero de 1933, año en el que publicó dos artículos. Su participación más intensa tuvo lugar al año siguiente, en el que salieron a la luz en esta revista un total de seis artículos suyos; el último de los cuales, “Hacia un saber sobre el alma” (diciembre 1934), le costó la reprimenda del maestro por cultivar –de manera todavía inadvertida para ella– otro tipo de razón, lejana de la línea raciovitalista marcada por él. De modo que Ortega le espetó el conocido: “No hemos llegado todavía aquí y usted de un salto, se planta más allá” (Zambrano, 2014, 740).⁹ Fue entonces cuando Zambrano se hizo consciente por primera vez de la escisión entre su pensamiento y el de Ortega. Por ese motivo, no deja de ser significativo que al año siguiente publicase allí tan solo un artículo, “Un libro de Ética” (agosto 1935), el cual se convirtió en su última colaboración con la primera encarnación de la *Revista de Occidente*.

Pasarían muchos años todavía hasta que Zambrano formulara su razón poética, cuya práctica no alcanzaría su madurez hasta la segunda mitad de la década de los 60. No obstante, la escisión con el maestro ya estaba clara desde este desencuentro de 1934, cuando al salir entre lágrimas de su despacho iba diciéndose a sí misma por la Gran Vía “‘No saben que don José ha muerto’, y lo que había muerto era mi fatal discipulado con él.” (Zambrano, 2014, 740)

Tejada está en lo cierto cuando subraya que “Seguramente, se ha sobrevalorado [...] la deuda de Zambrano con respecto a Ortega, cuando muchos rasgos singulares del pensamiento de la filósofa saltan a la vista desde sus inicios.” (2011, 52) A esto hay que añadir que el germen de la razón poética no se encuentra tanto en la razón vital y razón histórica orteguianas como sugiere Pino Campos (2014, 220), sino más bien en la metafísica machadiana.¹⁰

La propia Zambrano, aunque siempre mostró su respeto y agradecimiento hacia Ortega, también reivindicó repetidas veces la independencia de su pensamiento. En su prólogo a *Hacia un saber sobre el alma* fechado en 1986, explica como su pensamiento recorre “lugares donde el de Ortega y Gasset no aceptaba entrar” (2016, 430). Más explícita todavía es en *De la aurora*:

La senda que yo he seguido, que no sin verdad puede ser llamada órfico-pitagórica, no deber de ser, en modo alguno, atribuida a Ortega. Sin embargo, él, con su concepción del logos (expresa en el “logos del Manzanares”) me abrió la posibilidad de aventurarme por una tal senda en la que me encontré con la razón poética (1986, 123).

9 Véase también la cronología de Moreno Sanz, donde contextualiza este artículo junto con otros tres a los cuales identifica como “el arranque de su filosofía” (2014, 60).

10 En su introducción a la edición de Trotta de *Los intelectuales en el drama de España*, Moreno Sanz señala un primer vínculo entre la razón poética y la obra machadiana, pues es al hilo de esta que Zambrano acuña el término “razón poética” (1998, 14). Se trata de un vínculo que recalca y expande en publicaciones posteriores (véanse por ejemplo 2004, 523; 2008, 146). Véase también Pérez (1999).

Esta senda también supuso el desarrollo de un lenguaje profundamente idiosincrático e inherente a la existencia de esta razón poética.

3.2. *El lenguaje*

La precisión lingüística es esencial para ambos. El lenguaje orteguiano alcanza el nivel de abstracción semántica que caracteriza el quehacer filosófico de otras tradiciones europeas, a la vez que constituye una apuesta por la claridad en aras de la difusión; por lo que su lenguaje se opone al misterio y a las incursiones en la metafísica (rayando en la mística) tan propias de Zambrano. Dicho de otra manera, mientras que los dos pensadores coinciden en otorgarle una importancia primordial a la claridad, difieren en su sentido. Ortega se refiere a la claridad del concepto, a la transparencia de la idea, mientras que Zambrano piensa más bien en la “claridad naciente”, es decir, en su sentido auroral (véase Cerezo Galán, 2005, 21-23). Como Tejada explica, Zambrano retoma conceptos clave de Ortega como “ensimismamiento” y “los troquela y los elabora con un sello particular, mucho más meditativo y espiritual” (2011, 20). En definitiva, ambos se apoyan en la metáfora para sus disquisiciones filosóficas: el uno con sentido pedagógico; la otra, en cambio, con sentido iniciático.

3.3. *La acción política*

Ortega ejerció una intensa –aunque peculiar– actividad política durante su juventud. Ya a partir de 1912 los artículos de Ortega perfilan una concepción de política que se caracteriza por ser, como acertadamente la describe Gracia, “más ideológica y conceptual que práctica y taticista, más pedagógica e ilustrada que ejecutiva o gubernamental.” (2014, 171) Al año siguiente esta visión se plasmó en la LEP, la cual constituiría su primera incursión en la acción política. Su actividad política también se reflejaría en muchos de sus discursos de esta época, que luego encontrarían un eco en los artículos recogidos en *El Espectador* (1915-34), cuyo objetivo era formar a la opinión pública para que se abandonara el quijotismo y misticismo, en su opinión característicos hasta entonces del espíritu español (Velázquez Delgado, 2007, 108). Sin embargo, pese a sus llamamientos a una mayor involucración política del pueblo, Ortega sufría de un pesimismo y conservadurismo que fueron en aumento, especialmente desde 1919, fecha en la que se dio cuenta de la imposibilidad de llevar a cabo su tarea política, es decir, la creación de una España moderna (véanse Elorza, 1984 y Gracia 2014).

La primera vez que decidió en firme apartarse de la política fue en torno a 1921-22. En el primer número de la *Revista de Occidente*, de julio 1923 (escasos meses antes el golpe de Estado y dictadura de Primo de Rivera), no cabía duda de que decidió cambiar la acción política por la filosófica. No obstante, ilusionado con la promesa de lo que supondría el nacimiento de la República, volvió a pronunciarse públicamente sobre política en 1929.

Tanto Ortega como Zambrano coincidían en que el liberalismo decimonónico era incapaz de llevar a cabo el proyecto de regeneración nacional necesario para superar los lastres de la dictadura, pero mientras que Zambrano apostaba en *Horizonte del liberalismo* (1930) por un liberalismo de corte espiritual, el de Ortega era un liberalismo moderado, de tendencia conservadora, que pronto se tornaría impaciente con la República. Él achacaba las deficiencias

tanto culturales como políticas del país a la falta de hombres egregios y a la incapacidad de la masa para seguirlos y apoyarlos, tal y como se recoge en *La rebelión de las masas* (1930). No obstante, volvió a intentarlo y en 1931 fundó, junto con Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala, la Agrupación al Servicio de la República, desde la cual ejerció como diputado de las Cortes Constituyentes de la Segunda República entre julio de 1931 y julio de 1932. Sin embargo, le faltaban apoyos y no podía aspirar a ser un factor importante en la política parlamentaria. Por otro lado, la actuación de la República no estuvo a la altura de sus expectativas, lo que le condujo una vez más al desengaño y a su retirada política. Esta vez, su negativa a volver a entrar en el ruedo político resultó ya definitiva.

En contraste, aunque la experiencia de Zambrano también estuvo marcada por la desilusión ante la política de partidos, especialmente tras su desacierto con el FE, su compromiso para con la República fue en aumento hasta el final de Guerra Civil. El desatino del FE en 1932 y el desencuentro tras la publicación de “Hacia un saber sobre el alma” en 1934 son tan solo manifestaciones concretas de la distancia filosófica e ideológica que los iba separando y que pronto se traduciría en serias fracturas, incluso incompatibilidades, entre la visión política de ambos.¹¹

Ante el golpe de Estado que desembocaría en guerra fratricida, Ortega –movido por su decisión de guardar silencio político– se negó a pronunciarse a favor de cualquiera de los dos bandos, no por su apoyo a la causa franquista, sino por su desaprobación de la ideología y actuación de ambas partes. En cambio, el apoyo de Zambrano hacia la República fue férreo: ella siempre se identificaría como republicana y, seguidamente, exiliada.

4. La influencia de Zambrano en Ortega

Zambrano dio muestras de saberse en una posición de acceso privilegiado a Ortega en razón a su pertenencia al círculo intelectual del filósofo no solo en calidad de discípula y ayudante, sino también de conttertulia y de colaboradora. Aunque siempre desde una postura de deferencia al maestro, Zambrano se esforzó en repetidas ocasiones por hacerse escuchar por él y por influenciarlo. Así se refleja, por un lado, en su adopción de la función de mediadora y, por otro, en sus intentos de influir en la actividad política de Ortega.

4.1. Mediación

Según Moreno Sanz, Zambrano actuó como mediadora entre Ortega y los escritores de una generación más joven, como Antonio Sánchez Barbudo, José Antonio Maravall y Enrique Azcoaga (2014, 51). Sin embargo, dado que para cuando la *Revista de Occidente* y su correspondiente tertulia están en marcha, “la población flotante del entorno de Ortega es ya incontable” y, como dice Gracia, además de nombres consolidados también incluye “jóvenes ávidos de prosperar” (2014, 374), la descripción que hace Moreno Sanz de Zambrano como mediadora entre Ortega y los jóvenes quizá pueda parecer exagerada.

11 Resulta iluminador el artículo de Antolín Sánchez Cuervo, “Dos interpretaciones del fascismo: Ortega y Gasset y María Zambrano”, en el que identifica la postura que cada uno adopta ante el fascismo como una de las raíces que subyacen a la creciente bifurcación entre ambos (2017, 61-75).

Ortega es plenamente consciente de su posición de liderazgo intelectual y, aunque casi nunca publica sobre la obra de los nuevos escritores jóvenes, sí los respalda con su presencia en tertulias (no solo la suya, sino también otras como la del café de Pombo) (Gracia, 2014, 312). Dicho de otra manera, pese a ser una figura encumbrada, está lejos de mostrarse inaccesible.

Esto no quita que Zambrano se erigiera como intermediaria, no porque Ortega estuviese aislado de la juventud, es decir, no en el sentido de recadera o enlace, sino más bien en el de portavoz y mediadora, asignándose a sí misma la tarea de representar la voz de su generación haciendo uso de su relación de discipulado con Ortega para hacerse oír, transmitir sus propuestas y valores y, en última instancia, influenciar el pensamiento y la actuación del por entonces eje de la Escuela de Madrid.

El de Ortega no fue un caso aislado. Durante el periodo que va desde 1927 hasta la Guerra Civil, Zambrano actuará repetidas veces de mediadora entre su propia generación y la anterior, la de intelectuales y políticos a los que ella se refiere como “maduros”.¹² Detrás de esta labor de mediación se haya un claro afán de influencia con vistas a conseguir una mayor implicación de los maduros y, muy especialmente, de Ortega.

4.2. Actuación política

Zambrano comparte con Ortega el sentido de urgencia respecto a la necesidad de romper con el sistema de la Restauración. Imbuída de la visión que Ortega propuso en su discurso de 1914 de “Nueva y Vieja política”, Zambrano está convencida de que los intelectuales tienen la responsabilidad moral intervenir en política, precisamente por su emplazamiento privilegiado para comprender la situación del país y sus necesidades, así como para actuar como agentes de cambio.

El arrojo y, tal vez, la impaciencia y la ingenuidad política de la joven Zambrano eran durante la década de los 30 sin duda mayores que los del Ortega maduro (y escarmentado), quien no tardó en desilusionarse de las promesas de la República. Fue a partir de entonces, cuando se vislumbra la disconformidad de Zambrano respecto a la actuación política de Ortega, cuando más intentó influenciarlo. Así queda patente en las misivas que la pensadora veleña le envió entre 1930 y 1932.

Esta correspondencia fue publicada en *Revista de Occidente* por Magdalena Mora bajo el título de “Tres cartas de juventud a Ortega y Gasset” (1991, 7-26). Es significativo que Mora describa estas tres epístolas de juventud como “de inspiración y trasfondo netamente políticos o, mejor, de reflexión y acción política” (1991, 7). Aunque desde su publicación han sido objeto de estudio¹³, por lo que yo sé, fue Moreno Sanz, en su extensa introducción a la reedición *Horizonte del liberalismo*, el primero en dirigir nuestra atención hacia el valor de

12 Ejemplos de esto son su entrevista con Valle-Inclán y Azaña en 1928, en la que promovió el encuentro que tuvo lugar en junio de ese mismo año en el merendero madrileño de “La Bombilla”, en el que los maduros, es decir, Luis Jiménez de Asúa, José Giral, Sánchez Román, Gregorio Marañón, Ramón del Vallé-Inclán, Ramón Pérez de Ayala, Eduardo Gómez de Baquero, Nicolás Salmerón, Manuel Azaña e Indalecio Prieto, se reunieron con Zambrano y otros miembros de la FUE (véase Moreno Sanz, 2014, 52). Otros ejemplos son también su redacción de manifiestos y recogida de firmas tras el golpe de estado.

13 Véase, por ejemplo, el artículo de Laureano Robles Carcedo (1991, 231-247).

estas cartas como testimonio del intento de Zambrano de influenciar a Ortega, al tiempo que indica la conveniencia de explorar la relación entre ambos en mayor detalle (1996, 121-136).

4.2.1. Primera carta

La actuación de Ortega ante la dimisión de Primo de Rivera el 28 de enero y el nombramiento del nuevo gobierno (la dimisión de su cátedra y de la Junta de Ampliación de Estudios) dieron a entender que estaba comprometido con la causa de la República. Pese a ello, estaba lejos de satisfacer las expectativas de Zambrano respecto a lo que, en opinión de ella, debería ser su intervención en la vida política. Así se revela en la primera de las tres cartas, fechada el 11 de febrero de 1930, la cual escribe al hilo de la publicación de Ortega de su artículo “Organización de la decencia nacional”, y que a su vez este redacta en respuesta a la proclamación del Gobierno Berenguer (*El Sol*, 5 de febrero 1930).

Su encabezamiento reza: “CARTA DE UNA JOVEN A SU MAESTRO, D. JOSE ORTEGA Y GASSET” [las mayúsculas son de la autora], lo cual de entrada le confiere un cierto tinte de carta abierta o incluso de manifiesto, como indica Mora (1991, 8).

Se trata de una carta en la que Zambrano expresa su reproche y exige de Ortega una contundente e inequívoca involucración política encaminada a derrocar la monarquía y a propiciar el advenimiento del régimen republicano. No solo le transmite la necesidad de derrocar la monarquía, sino que lo que más le recalca es el imperativo de actuar, apelando al circunstancialismo y al ego de Ortega a partes iguales: “El obrar en dirección contraria [al derrumbamiento del régimen monárquico] será detener la historia; el no obrar, pasar tangente a ella; ayudar, como sea, a derrumbarla [la monarquía] será sólo estar dentro de la historia.” (Zambrano, 1991, 14-15)

Zambrano critica al maestro duramente por no involucrarse más en construir el tipo de realidad política que anhela: “No se puede crear historia sintiéndose por encima de ella, desde el mirador de la razón; sólo quien está por debajo de la historia puede ser un día su agente creador” (1991, 15). Y, por si hubiera duda de que va dirigido directamente a él, añade: “Y en ello –creo yo– nos diferenciaremos los de esta generación de la de usted” (1991, 15).

Continúa apuntalando su mensaje haciéndose eco del proyecto de nación y de meta-partido al que aspira Ortega: “Hay que construir la nación, esto es todo, y un partido que eso se proponga, como usted dice, debería ser más que partido, algo total, suma de todas las conciencias nacionales. O sea, que más que partido es la base de todos los partidos, el punto de arranque de toda actuación pública.” (Zambrano, 1991, 14) En vez del meta-partido orteguiano, Zambrano redirige la atención del padre del raciovitalismo al sistema republicano como base para la actuación política. Aunque, guiada por la admiración –quizá cegadora en ocasiones–, dos años más tarde sería ella la que cristalizaría el llamamiento al meta-partido en el FE, pese a disolverlo al poco.

La pensadora va más allá, expresándole abiertamente sus emociones: “De usted –que es de las pocas conciencias históricas de esta invertebrada España– me duele en lo más profundo su tangencia en este momento.” (1991, 15) Y no solo eso; además, afirma representar la opinión de “algunos jóvenes más”, ejerciendo así su autoasignado papel de mediadora.

Pese a todos estos reproches, resulta excesivo interpretarlos como “una coacción para empujarle a la única vía que ella entiende, la de una nueva intelectualidad no conservadora

ni aristocrática.” (Pino Campos, 2004: 203) Zambrano carecía de la potestad e incluso del ánimo de coaccionar a Ortega, aunque sin duda buscaba influenciarlo. Lo que sí se revela es, de un lado, la impaciencia política de la joven Zambrano (de esta carta rezuma un inescapable sentido de urgencia) y, de otro lado, la percepción del deber moral del intelectual de intervenir en la vida política española con el propósito expreso de derrocar a la monarquía para instaurar una república. Por eso le pide apoyo a Ortega, para que como intelectual comprometido lidere no solo a la nueva generación, a la juventud, sino a la conciencia histórica nacional. Para Zambrano, el advenimiento del régimen republicano es nada menos que una “exigencia ineludible” (1991, 14). En definitiva, demanda que Ortega sea un “intelectual de vanguardia”, un “intelectual revolucionario”, y que su labor no se limitara a salvaguardar la cultura establecida. Llega incluso a exhortarle directamente: “Debe y puede usted hacer más, señor Ortega y Gasset; su misión con España está más alta.” (1991, 15)

4.2.2. Segunda carta

En septiembre de 1930, Zambrano publicó su primer libro: *Horizonte del liberalismo*. El 3 de noviembre de ese mismo año, le envió la segunda epístola a Ortega con motivo de la reseña que le hace Pablo de A. Cobos (titulada “El liberalismo” y publicada en *El Socialista* 2-XI-1930), en la que criticaba tanto el liberalismo de Zambrano como el de Ortega y apuntaba la disidencia de Zambrano respecto a la línea señalada por el maestro.

En esta ocasión, le pide disculpas al maestro porque algunos de los puntos de su primera carta han sido publicados sin su consentimiento y aclara que su crítica inicial radicaba en la contemplación de la vida política, sin participar de ella. Le dice: “En algún momento le habrán podido criticar algunos, nos habremos podido doler otros, de que su actuación no fuera más intensa en la desquiciada vida política española.” (1991, 20) Aunque esta misiva tiene un tono claramente conciliatorio mantiene, aunque de manera suavizada, su insistencia en la importancia del compromiso político, el cual –en el caso de Ortega– juzga insuficiente.

El 15 noviembre 1930, es decir, escasos días después de recibir esta segunda carta de la pensadora, Ortega se declaró prorrepblicano en su célebre artículo “El error Berenguer” (conocido también como “Delenda est Monarquía”), aparecido en *El Sol*. Aquí, Ortega insta a derechas e izquierdas a dejar atrás la vieja política en aras de la construcción de un nuevo Estado, es decir, por fin se decanta a favor de la República, aunque su propuesta careciese de detalles prácticos para hacerla viable. Para Moreno Sanz, “no es exagerado decir que aquel artículo [“El error Berenguer”] es una respuesta –casi personal– a la discípula” (1996, 122). Tejada, por su parte, se pregunta si Zambrano consiguió influenciar a Ortega y concluye: “Quizá, pero más pudo contar su propia evolución política y su posicionamiento estratégico en el seno de *El Sol* y, en general, la opinión pública.” (2011: 36) Ortega, atento observador de sus circunstancias, se da cuenta de que es tiempo de encauzar la agitación sociopolítica que le rodea hacia la creación de un Estado republicano. Sin embargo, esto no quiere decir que desatendiera la opinión de Zambrano. Por otro lado, si bien es cierto que da muestras de haberle prestado oídos, es muy posible que no escuchara tanto su voz individual, en tanto que discípula, como en tanto que eco del cansancio con la monarquía y de la avidez revolucionaria, prorrepblicana (impulsada también por el pacto de San Sebastián) que cundía en un sector cada vez más amplio de españoles.

4.2.3. Tercera carta

Volcado ya en el proyecto de la República, en febrero de 1931 Ortega alumbró a la Agrupación al Servicio de la República, reminiscente en propósito y método a la LEP de 1913 (Cerezo Galán, 1991: 40-41). Tras la proclamación de la Segunda República el 12 de abril y las elecciones a las Cortes Constituyentes del 28 de junio, la Agrupación consiguió trece escaños, uno de los cuales lo ocupó el propio Ortega. Pero el desengaño no tardó en hacer su aparición y apenas un mes después, expresó por primera vez su rechazo ante la actitud irreflexiva, apresurada y revolucionaria de la República (Gracia, 2014, 459). El 6 diciembre 1931, Ortega dio su discurso “Rectificación de la República”, exponiendo su proyecto de un organizar un gran partido nacional, a sabiendas de que el 8 de diciembre nacería la constitución republicana, cuyo contenido él desaprobaba. De este llamamiento nació el FE en el 7 marzo de 1932.

A partir de mayo dos grandes debates dominaban las Cortes: la reforma agraria y el estatuto de Cataluña. La joven República vive momentos difíciles y a Ortega se le acusa de estar despegado de la política y estar en las nubes.

Al calor de estos acontecimientos, Zambrano luchaba por conjugar su admiración por el maestro con la decepción que le causó el equívoco político del FE y le envió la tercera carta el 28 de mayo de 1932, precisamente al darse cuenta del calado de ese error. Pese a las divergencias, Zambrano se expresa en un tono conciliador. Pero también le transmite el cansancio y la angustia que padece la juventud que no se siente representada por ningún partido concreto y que sufre las carencias y contradicciones del gobierno de la República (Zambrano, 1991, 22). Al igual que en cartas anteriores, le da voz a una juventud a la que le parece que Ortega o no escucha o no presta suficiente atención y continúa persistiendo en su empeño de ver en él un adalid del que espera y demanda que oriente a su generación. En resumen, vuelve a interpellarlo con objeto de influenciarlo, en este caso, con el deseo de que adopte una posición de compromiso y liderazgo político. La respuesta a este reto vino una vez más en forma de artículo: “La juventud, desconectada de la República” (julio, 1932), en el cual, como señala Moreno Sanz, la influencia de la carta de Zambrano es “clarísima” (1996, 133).

4.3. Ante el golpe de Estado

La trayectoria de Ortega como político se salda en fracaso. Ante la frustración al caer sus propuestas en oídos sordos y la impotencia frente a la creciente radicalización política, el 9 de octubre de 1932 anuncia formalmente su retirada de la política y a finales de ese mismo mes disuelve definitivamente la Agrupación, que hacía tiempo que había dejado de existir en efecto. La bifurcación de las posturas de ambos pensadores ante la política es ya evidente. No obstante, como explica Tejada, “María Zambrano pretenderá hasta 1933, quizá hasta 1936, conciliar su fervor republicano con su devoción por el maestro.” (2011, 37) Sus publicaciones así lo constatan: en mayo 1933, *Cruz y Raya* le dedica un homenaje a Ortega, al que ella también contribuye; además, en marzo de 1936, publica en *El Sol* “Ortega y Gasset universitario”, artículo que Moreno Sanz califica de “nuevo intento de situar a su maestro a la altura de la historia” (2014, 63).

La preocupación de Ortega ante la radicalización resultó no ser baladí, pues apenas cuatro años después de su repliegue político estalló la Guerra Civil. En la primavera del 36, temeroso ante el despliegue de fuerzas de derechas e izquierdas, hizo preparativos para salir del país. Sin embargo, la enfermedad se adelantó al golpe de Estado. Su casa había sufrido un registro por parte de los milicianos un par de días después del alzamiento y, al no encontrarse en condiciones de realizar el viaje, se refugió con la familia en la Residencia de Estudiantes.

Por su parte, Zambrano no titubeó en mostrar su adhesión a la República. Fue una de las firmantes del manifiesto fundacional de la Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura (18 de julio), el cual contribuyó a redactar. El día 30, en la asamblea de la Alianza, Zambrano, quien ya se había autoerigido tantas veces de mediadora con Ortega, se ofreció a intentar conseguir su firma para otro manifiesto de intelectuales a favor de la República que se publicaría el 31 de ese mes.

Las circunstancias del encuentro que seguidamente acaeció están empañadas de polémica. Efectivamente, Zambrano visitó a Ortega en la Residencia y lo persuadió de que firmara el manifiesto, aunque no logró que hiciese una retransmisión radiofónica. Sin embargo, Ortega más adelante negaría el apoyo expreso a la República, añadiendo que esa firma se produjo “bajo las más graves amenazas” (2006, 524), lo que ha dado lugar a múltiples interrogantes y especulaciones: ¿iba Zambrano sola o acompañada?, en el segundo de los supuestos ¿con milicianos o aliancistas?, ¿estaban armados estos supuestos acompañantes?, ¿iba armada la propia Zambrano? Parece improbable que así fuera, aunque a falta de testimonios directos e incontrovertibles, es imposible constatar lo ocurrido. Lo que sí sabemos es que se trataba de un Ortega gravemente enfermo en un momento de tensión y hostilidad. Aquilino Duque argumenta plausiblemente que “ella no podía tener la culpa de que el enfermo se sintiera gravemente amenazado, no por ella, sino por las circunstancias en que se producían la visita y la petición. El miedo es libre” (1984, 170). En todo caso, este fue el último encuentro entre ambos pensadores.

Independientemente de la controversia que rodea a este episodio, lo que se desprende del incidente es que, una vez más, la intención de Zambrano es mediar e incluso influir en su maestro, aunque esta vez el resultado fuese la ruptura entre ambos: definitiva y unilateral, pues Zambrano siempre se seguiría considerando su discípula.

5. Conclusión

Como discípula, Zambrano nunca pretendió ser una continuadora de Ortega, sino seguir pensando con originalidad e independencia a partir de él. En *España, sueño y verdad* Zambrano alude a las divergencias y distanciamiento respecto del maestro como un proceso no solo deseable, sino también necesario para la madurez del pensamiento propio. En palabras de la autora: “Hemos de pensar desde nosotros mismos y, al hacerlo, no es con los pensamientos del maestro, sino desde el orden y la claridad que ellos dejaron; desde la autenticidad para la que nos habían preparado” (2014, 731). En definitiva, la relación intelectual entre ambos estuvo marcada por un progresivo alejamiento, no solo filosófico, sino crucialmente político, que se manifestó con mayor crudeza en sus respuestas divergentes a las encrucijadas históricas, que para ellos culminaron en julio de 1936. Por otro lado, también es cierto que

pese a haber transitado su propio camino filosófico, Ortega siempre estuvo presente en ella, como avalan las referencias –no frecuentes, pero sí recurrentes– al maestro.

A lo largo de este artículo, espero haber demostrado que Zambrano se esforzó en repetidas ocasiones por influenciar a Ortega, especialmente en relación a su actuación política. Los intentos de la pensadora fueron claros y siempre marcados por dos demandas recurrentes: una mayor implicación política y el apoyo a la República. Aunque el peso que Zambrano pudiera ejercer sobre Ortega a todas luces no fue determinante, tampoco debería desestimarse por completo. Pese a la cercanía e insistencia de la pensadora, no se puede constatar una influencia directa, ni tan siquiera progresiva; el resultado de sus esfuerzos, aunque sutil, sumado a otras influencias y presiones a las que sin duda también estaba sometido Ortega, parece haberse visto reflejado en alguna de las publicaciones que sucedieron a las cartas aludidas (especialmente, como se ha señalado, en el caso de la segunda misiva).

Bibliografía

- S. A. (1993), *Desde Occidente: 70 años de Revista de Occidente*, Madrid: Fundación José Ortega y Gasset/ Electa.
- Caballero Rodríguez, B. (2017), *María Zambrano: A life of poetic reason and political commitment*, Cardiff: University of Wales Press.
- Cerezo Galán, P. (2005), “La herencia de M. de Unamuno, J. Ortega y Gasset y X. Zubiri en María Zambrano”, en: Mora García, J. L. y Yuste, J. M. (eds.): *Pensamiento y palabra en recuerdo de María Zambrano (1904-1991)*, Valladolid: Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo, pp. 19-50.
- Duque, A. (1984), *El suicidio de la modernidad*, Barcelona: Bruguera.
- Duque Pajuelo, F. 1994. “Dios a la vista en Ortega y María Zambrano”, *Revista de Filosofía*, 80, pp. 282-309.
- Elorza, A. (1984), *La razón y la sombra: Una lectura política de Ortega y Gasset*, Barcelona: Anagrama.
- Gracia García, J. (2014), *José Ortega y Gasset*, Madrid: Taurus.
- Haro Honrubia, A. de (2008). *Élites y masas filosofía y política en la obra de José Ortega y Gasset*, Madrid: Biblioteca Nueva Fundación José Ortega y Gasset.
- Maillard, M. L. (2000), *María Zambrano: La literatura como conocimiento y participación*, Lleida: Edicions de la Universitat de Lleida.
- Mora, M. (1991), “Tres cartas de juventud a Ortega y Gasset”, *Revista de Occidente*, 120, pp. 7-26.
- Moreno Sanz, J. (1996), “Estudio introductorio”, en: Moreno Sanz, J. (ed.): *Horizonte del liberalismo*, Madrid: Morata, pp. 9-193.
- Moreno Sanz, J. (1998), “De la razón armada a la razón misericordiosa”, en: Zambrano, M. *Los intelectuales en el drama de España*, Madrid: Trotta, pp. 9-55.
- Moreno Sanz, J. (2008), *El logos oscuro: Tragedia, mística y filosofía en María Zambrano*, Madrid: Verbum.
- Moreno Sanz, J. (2003), *La razón en la sombra*, Madrid: Siruela.
- Moreno Sanz, J. (2014), “Cronología de María Zambrano”, en: Moreno Sanz, J. (ed.): *Obras completas*, vol. VI, Barcelona: Galaxia Gutenberg, pp. 47-126.

- Ortega y Gasset, J. (1932), “La juventud, desconectada de la República”, *El Sol*, 23, p. VII.
- Ortega y Gasset, J. (2004a), “Meditaciones del Quijote”, en: *Obras completas*, vol. I, Madrid: Taurus, pp. 747-828.
- Ortega y Gasset, J. (2004b), “La pedagogía social como programa político”, en: *Obras completas*, vol. II, Madrid: Taurus, pp. 86-102.
- Ortega y Gasset, J. (2006), “En cuanto al pacifismo”, en: *Obras completas*, vol. IV, Madrid: Taurus, pp. 506-530.
- Payne, S. G. (1961), *Falange: A History of Spanish Fascism*, Stanford: Stanford UP.
- Pérez Pérez, J. (1999), “La razón de la sinrazón: Unamuno, Machado, and Ortega in the Thought of María Zambrano”, *Hispania*, 82.1, pp. 56-67.
- Pino Campos, L. M. (2004), “María Zambrano, discípula de Ortega”, en: Ortega Muñoz, J. F. (ed.): *María Zambrano: Raíces de la cultura española*, Madrid: Fundación Fernando Rielo, pp. 187-308.
- Pino Campos, L. M. (2005), *Estudios sobre María Zambrano: El magisterio de Ortega y las raíces grecolatinas de su filosofía*, La Laguna (Santa Cruz de Tenerife): Servicio de Publicaciones.
- Robles Carcedo, L. (1991), “A propósito de tres cartas de María Zambrano a Ortega”, *Philosophica Malacitana*, IV, pp. 231-247.
- Savignano, A. (2004), “María Zambrano: de la razón vital a la razón poética”, en: Cerezo Galán, P. (ed.): *Actas del Congreso Internacional del Centenario de María Zambrano: I. Crisis y metamorfosis de la razón en María Zambrano*, Vélez-Málaga: Fundación María Zambrano, pp. 348-360.
- Sánchez Cuervo, A. (2017), “Dos interpretaciones del fascismo: Ortega y Gasset y María Zambrano”, *Bajo palabra: Revista de filosofía. II Época*, 13, pp. 61-75.
- Tejada, R. (2011), “Introducción”, en: Tejada, R. (ed.): *María Zambrano. Escritos sobre Ortega*, Madrid: Trotta, pp. 9-59.
- Velázquez Delgado, J. (2007), *Fragmentos de la modernidad. Filosofía de la historia e imperativo de la modernidad en José Ortega y Gasset y María Zambrano*, Buenos Aires: Ediciones del Signo.
- Zambrano, M. (2002), *Cartas de La Pièce: (Correspondencia con Agustín Andreu)*, Andreu Rodrigo, A. (edición, introducción y notas), Valencia: Pre-Textos.
- Zambrano, M. (2014), “España, sueño y verdad”, en: Moreno Sanz, J. (ed.): *Obras completas*, vol. III, Barcelona: Galaxia Gutenberg, pp. 677-825.
- Zambrano, M. (2016), “Hacia un saber sobre el alma”, en: Moreno Sanz, J. (ed.): *Obras completas*, vol. II, Barcelona: Galaxia Gutenberg, pp. 421-578.